

Índice

<i>Nota del editor</i>	11
Prefacio a <i>Cuentos grotescos y fantásticos</i> (1840)	13
El Club del Libro en Folio	15
Metzengerstein	19
El duque de l'Omelette	31
Cuento de Jerusalén	37
El aliento perdido. Cuento que nada tiene que ver con el <i>Blackwood</i>	43
Bon-Bon	59
Cuatro bestias en una. El hombre camaleopardo	79
Manuscrito hallado en una botella	89
La cita	103
Los leones	119
Sombra. Parábola	127
Silencio. Fábula	131
Berenice	135
Morella	145
El Rey Peste. Relato en el que hay una alegoría	153
Mixtificación	169
Ligeia	179
Cómo escribir un artículo a la manera del <i>Blackwood</i>	197
El diablo en el campanario	221
El hombre que se gastó. Un relato de la reciente campaña contra los cocos y los kickapoos	231

La caída de la Casa Usher	243
William Wilson	265
La conversación de Eiros y Charmion	289
Por qué el pequeño francés lleva la mano en cabestrillo	297
Instinto <i>versus</i> razón. La gata negra	305
El hombre de negocios	309
Filosofía del mobiliario	321
El hombre de la multitud	329
Los crímenes de la calle Morgue	341
Un descenso al Maelström	383
El coloquio de Monos y Una	405
Nunca apuestes tu cabeza al diablo. Cuento con moraleja	417
Eleonora	429
Tres domingos por semana	437
El retrato oval	445
La máscara de la Muerte Roja	449
El pozo y el péndulo	457
El misterio de Marie Rogêt. Continuación de «Los crímenes de la calle Morgue»	477
El corazón delator	535
El escarabajo de oro	543
El gato negro	587
El timo (Considerado como una de las ciencias exactas)	599
Los anteojos	613
La caja oblonga	641
Un cuento de las Montañas Escabrosas	655
El entierro prematuro	667
La carta robada	685
El sistema del doctor Tarr y del profesor Fether	707
Revelación mesmérica	729
«Tú eres el hombre»	741
El camelo del globo	759
El Ángel de lo Singular. Extravagancia	775

Autobiografía literaria de Thingum Bob, Esq. Ex director del <i>Goosetherumfoodle</i>	787
El cuento mil y dos de Scheherazade	813
Conversación con una momia	833
El poder de las palabras	853
El demonio de la perversidad	859
La verdad sobre el caso del señor Valdemar	867
La esfinge	879
El tonel de amontillado	885
El dominio de Arnheim, o el jardín-paisaje	893
Mellonta tauta	911
El <i>cottage</i> de Landor. Un complemento de «El dominio de Arnheim»	931
Hop-Frog	945
Von Kempelen y su descubrimiento	957
X en un suelto	967
El faro	975

ESTAMPAS

A propósito de Stonehenge. <i>La danza del Gigante</i>	981
La isla del hada	987
El alce	995
Byron y miss Chaworth	1.003
<i>Procedencia de los cuentos</i>	1.007

Nota del Editor

Se presentan en este volumen los cuentos de Edgar Allan Poe en su orden cronológico, siguiendo la edición llevada a cabo por Patrick E. Quinn y G. R. Thompson para The Library of America (*Poe, Poetry, Tales & Selected Essays*, Nueva York, 1984). Sólo en el caso de los textos creados para acompañar grabados no se ha respetado ese orden, y aparecen aquí a continuación del conjunto de los cuentos.

Las fechas de composición o de las versiones definitivas que han servido para establecer la cronología de los textos, así como precisiones acerca de los firmados con el seudónimo Littleton Barry, los sucesivos cambios de título, las refundiciones, etc., pueden encontrarse al final de la obra (pp. 1.007-1.115).

Prefacio a
Cuentos grotescos y fantásticos (1840)

Los epítetos «grotescos» y «fantásticos» expresan con suficiente claridad el rasgo más sobresaliente de los cuentos que aquí se recogen. Si bien a lo largo de los dos o tres últimos años habré escrito unos veinticinco relatos breves que se ajustan con tal descripción, no sería justo colegir y, en cualquier caso, no pasaría de mera conjetura que nada tiene que ver con la realidad, que me recreo en demasía o, desde luego, con un gusto o inclinación preponderantes, por narraciones de estas características. Los escribí con la idea de verlos publicados en un solo volumen; de ahí que, al menos en cierta medida, procurara dotarlos de unidad mediante una atmósfera común. Tal fue mi intención, y es muy posible que nunca vuelva a embarcarme en nada parecido. Hago esta observación, porque considero que la fijación con la deriva «fantástica» de mis relatos serios ha llevado a algunos amables críticos a clasificarme dentro de lo que ellos mismos no dudan en calificar como «germanismo» y complacencia en lo siniestro. Se trata de una malintencionada interpretación, que se asienta en una artera apreciación de los hechos. Admitamos como plausible, por un momento, la afirmación de que los «relatos fantásticos» que tienen en las manos *adolecen* de influencias germanas. En los tiempos al uso, el germanismo está «de actualidad». Quién sabe si el día de mañana no me veré afectado de ese mal, igual que ayer padecí del contrario. Estos relatos constituyen un todo. Dar por buena esa opinión sería como afirmar que un astrónomo recu-

re a la astronomía en demasía, o que un pensador ético peca de moralizante. Porque lo cierto es que, con una excepción tan sólo, no aparece en estas piezas ni traza de esos rasgos, sólo lúgubres a medias, que los eruditos han dado en tildar de germanos, por la peregrina razón de que han identificado con semejantes desatinos a algunos de los segundos espadas de la literatura alemana. Si en muchos de mis escritos prevalece el terror, éste no es patrimonio exclusivo de los alemanes, sino del alma, un horror en cuyas genuinas raíces he escarbado, y llevado hasta sus últimas consecuencias.

Confío en que no presten demasiada atención, y con esto queda dicho todo, a un par de las narraciones que se incluyen en este volumen, concebidas y escritas en aras de la más absoluta excentricidad. En cuanto al resto, no me acogeré a la tan manoseada dispensa de haberlos escrito a vuelapluma. Mejor es reconocer, en cualquier caso, que, si pecador soy, lo he sido a conciencia. En conclusión: estos relatos breves son el resultado de una madura reflexión, y un reflejo de mi mejor hacer.¹

1. Eran estos relatos, en el primer volumen y en este orden: «Morella», «Los leones», «William Wilson», «El hombre que se gastó», «La caída de la Casa Usher», «El duque de l'Omelette», «Manuscrito hallado en una botella», «Bon-Bon», «Sombra», «El diablo en el campanario», «Ligeia», «El Rey Peste», «La signora Zenobia» y «La guadaña del tiempo» (estos dos últimos luego refundidos en «Cómo escribir un artículo a la manera del *Blackwood's*»), y en el segundo volumen: «Epimanes» (más tarde titulado «Cuatro bestias en una»), «Siope» (luego titulado «Silencio»), «Hans Phaall», «Cuento de Jerusalén», «Von Jung» (posteriormente titulado «Mixtificación»), «El aliento perdido», «Mertzenstein», «Berenice», «Por qué el pequeño francés lleva la mano en cabestrillo», «El visionario» (luego titulado «La cita») y «La conversación de Eiros y Charmion». (*N. del E.*)

El Club del Libro en Folio

Hay una maquiavélica conjura,
Que nadie advierte ni columbra.

SAMUEL BUTLER

Lamento tener que decir que el Club del Libro en Folio es un cenáculo de mentecatos, compuesto por unos personajes tan malencarados como tontos. Digamos de pasada que, entre sus objetivos, figuran la abolición de la literatura, la supresión de la prensa y la abolición de las normas que rigen el uso de sustantivos y pronombres. De ahí que me tome la libertad de expresar en voz alta que no otra es la opinión que me merece.

Nadie habrá albergado tan hondos sentimientos de admiración y respeto por una institución como yo cuando, hará cosa de una semana, me convertí en miembro de tan diabólica asociación. Lo que sigue les ayudará a comprender cabalmente la razón del radical cambio que se ha operado en mi forma de pensar. Quede claro, sin embargo, que me reafirmo en mis ideas y en la dignidad de la palabra escrita.

Para los anales, el Club del Libro en Folio se constituyó un día cualquiera de un mes determinado del año tal. Ya ven: me gusta empezar las cosas por el principio, y siento cierta debilidad por las fechas. Una de las cláusulas del reglamento que se aprobó en dicho acto fundacional exigía que sus miembros fuesen eruditos y sutiles, y entre los fines perseguidos por la institución figuraban «la ilustración de la sociedad y el entretenimiento de los

integrantes de dicho círculo». Para cumplir con la segunda de tales exigencias, una vez al mes celebran una reunión en casa de uno de los miembros y se deleitan con un «breve relato en prosa» que cada uno ha de llevar escrito de su puño y letra, de forma que, después de la cena y mientras disfrutan de una copa de vino, es el propio autor de la narración quien procede a su lectura en presencia del resto de los socios. Cuestión ésta que suscita tremendas rivalidades, puesto que el autor del «mejor relato» se convierte en presidente interino del club, cargo revestido de muchos honores y escasas obligaciones, en el que permanece hasta que aparezca un *morceau* de mayor calidad. Por el contrario, el firmante del relato peor valorado corre con los gastos de la cena y el vino de la siguiente reunión del club; de características similares, por descontado. Al parecer, no se les ocurrió una forma mejor de dotar de savia nueva a la organización, pues, cuando uno de los socios tiene la mala fortuna de salir perdedor en dos o tres de esas francachelas de seguido, suele renunciar, como es natural, al «supremo honor» de seguir perteneciendo a tan insigne asociación. El número de miembros del mencionado club está limitado a once. Muchas y buenas son las razones, capaces de mover a reflexión a cualquiera, aunque prefiramos pasarlas por alto, para adoptar semejante criterio. Una de ellas, no obstante, es que se tiene noticia de que el día de los inocentes del año trescientos cincuenta antes del Diluvio aparecieron once manchas en la superficie del astro solar. Todo el mundo convendrá en que, con estas rápidas pinceladas sobre la mencionada asociación, he procurado refrenar la indignación que me domina, adornando mis palabras con dosis poco frecuentes de franqueza y generosidad. Para lo que me propongo, bastará con que refiera un *exposé* (relación) de los hechos acaecidos durante la reunión del club que tuvo lugar el pasado martes por la noche, velada de mi *début* como miembro de la asociación, tras ser elegido en sustitución del honorable Augustus Scratchaway, que acababa de dimitir.

A las cinco de la tarde, había quedado citado en casa del señor Rouge-et-Noir, ferviente admirador de lady Morgan, cuyo relato había quedado desacreditado durante la reunión celebrada el mes anterior. Cuando llegué, los miembros del club ya estaban en el comedor, y debo confesar que el resplandor de la chimenea, el acogedor aspecto de la estancia y una mesa más que opíparamente servida, así como la confianza que albergaba en cuanto a mis posibilidades, contribuyeron no poco a que, por un momento, me sumiese en deleitables meditaciones. Fui recibido con grandes muestras de cordialidad y, durante toda la cena, me sentí encantado de entrar a formar parte de tan selecto club.

Todos los miembros de aquel círculo eran personajes sobresalientes. He de mencionar, en primer lugar, al señor Snap, el presidente, un hombre alto y flaco, dotado de nariz de halcón, que había servido en Down-East (Irlanda del Norte).

Estaba también el señor Concolvulus Gondola, un joven caballero muy viajado.

No faltaba el señor De Rerum Naturâ, Esq., que lucía unos anteojos verdes realmente notables.

Había un hombrecillo que llevaba una levita negra y tenía unos ojos negríssimos.

Asistía, cómo no, el señor Solomon Seadrift, que realmente parecía un pez.

Estaba también el señor Horribile Dictû, de pestañas blancas, licenciado en Gotinga.

Entre los comensales, figuraba el señor Blackwood Blackwood, que había escrito artículos para revistas extranjeras.¹

1. Todos los nombres propios de los personajes son irónicos: Scratchaway, «con la música a otra parte»; lady Morgan (Sydney Owenson, 1776-1859), escritora inglesa de quien se asegura que medía menos de metro veinte; Snap, latigazo; William Blackwood (1776-1834) publicó a Wordsworth y Shelley entre otros en su *Blackwood's Magazine*; Horace Smith (1779-1849), poeta y novelista inglés... (N. del T.)

Por supuesto, nuestro anfitrión, el señor Rouge-et-Noir, entusiasta de lady Morgan.

Nos honraba con su presencia también un fornido caballero que admiraba a sir Walter Scott.

Por fin, allí estaba Chronologos Chronology, admirador de Horace Smith, y poseedor de una descomunal nariz que había paseado por Asia Menor.

Una vez despejada la mesa, el señor Snap me dijo:

-Creo que no es necesario, señor mío, que me vea en la obligación de explicarle nada en cuanto a las normas por las que se gobierna este club. Imagino que de sobra ha entendido lo que significa la ilustración de la sociedad y el entretenimiento de sus miembros. Esta noche, sin embargo, nos dedicaremos sólo a esto último, y debo rogarle que tenga a punto su disertación. Sin más dilación, pues, me dispongo a abrir la sesión.

En ese instante, el señor Snap apartó la frasca de vino, extrajo un manuscrito y leyó lo que sigue.

Metzengerstein

Pestis eram vivus—moriens tua mors ero.

MARTÍN LUTERO

El horror y la fatalidad han estado al acecho en todas las edades. ¿Para qué, entonces, atribuir una fecha a la historia que he de contar? Baste decir que en la época de que hablo existía en el interior de Hungría una firme aunque oculta creencia en las doctrinas de la metempsicosis. Nada diré de las doctrinas mismas, de su falsedad o su probabilidad. Afirmino, sin embargo, que mucha de nuestra incredulidad (como lo dice La Bruyère de nuestra infelicidad) *vient de ne pouvoir être seuls*.¹

Pero, en algunos puntos, la superstición húngara se aproximaba mucho a lo absurdo. Diferían en esto por completo de sus autoridades orientales. He aquí un ejemplo: *El alma*—afirmaban (según lo hace notar un agudo e inteligente parisiense)— *ne demeure qu'une seule fois dans un corps sensible: au reste, un cheval, un chien, un homme même, n'est que la ressemblance peu tangible de ces animaux*.

Las familias de Berlifitzing y Metzengerstein hallábanse enemistadas desde hacía siglos. Jamás hubo dos casas tan ilustres separadas por una hostilidad tan letal. El origen de aquel odio parecía residir en las palabras de una antigua profecía: «Un augusto nom-

1. En *L'an deux mille quatre cents quarante*, Mercieu defiende seriamente la doctrina de la metempsicosis, y J. D'Israeli afirma que «no hay ningún sistema tan sencillo y que repugne menos a la inteligencia». Se dice asimismo que el coronel Ethan Allen, «el muchacho de las Montañas verdes», era asimismo un firme convencido de la metempsicosis.

bre sufrirá una terrible caída cuando, como el jinete en su caballo, la mortalidad de Metzengerstein triunfe sobre la inmortalidad de Berlifitzing».

Las palabras en sí significaban poco o nada. Pero causas aún más triviales han tenido —y no hace mucho— consecuencias memorables. Además, los dominios de las casas rivales eran contiguos y ejercían desde hacía mucho una influencia rival en los negocios del Gobierno. Los vecinos inmediatos son pocas veces amigos, y los habitantes del castillo de Berlifitzing podían contemplar desde sus encumbrados contrafuertes, las ventanas del palacio de Metzengerstein. La más que feudal magnificencia de este último se prestaba muy poco a mitigar los irritables sentimientos de los Berlifitzing, menos antiguos y menos acaudalados. ¿Cómo maravillarse entonces de que las tontas palabras de una profecía lograran hacer estallar y mantener vivo el antagonismo entre dos familias ya predisuestas a querellarse por todas las razones de un orgullo hereditario? La profecía parecía entrañar —si entrañaba alguna cosa— el triunfo final de la casa más poderosa, y los más débiles y menos influyentes la recordaban con amargo resentimiento.

Wilhelm, conde de Berlifitzing, aunque de augusta ascendencia, era, en el tiempo de nuestra narración, un anciano inválido y chocho que sólo se hacía notar por una excesiva cuanto inveterada antipatía personal hacia la familia de su rival, y por un amor apasionado hacia la equitación y la caza, a cuyos peligros ni sus achaques corporales ni su incapacidad mental le impedían dedicarse diariamente.

Frederick, barón de Metzengerstein, no había llegado, en cambio, a la mayoría de edad. Su padre, el ministro G..., había muerto joven, y su madre, lady Mary, lo siguió muy pronto. En aquellos días, Frederick tenía dieciocho años. No es ésta mucha edad en las ciudades; pero en una soledad, y en una soledad tan magnífica como la de aquel antiguo principado, el péndulo vibra con un sentido más profundo.

Debido a las peculiares circunstancias que rodeaban la administración de su padre, el joven barón heredó sus vastas posesiones inmediatamente después de muerto aquél. Pocas veces se había visto a un noble húngaro dueño de semejantes bienes. Sus castillos eran incontables. El más esplendoroso, el más amplio era el palacio Metzengerstein. La línea limítrofe de sus dominios no había sido trazada nunca claramente, pero su parque principal comprendía un circuito de cincuenta millas.

En un hombre tan joven, cuyo carácter era ya de sobra conocido, semejante herencia permitía prever fácilmente su conducta venidera. En efecto, durante los tres primeros días, el comportamiento del heredero sobrepasó todo lo imaginable y excedió las esperanzas de sus más entusiastas admiradores. Vergonzosas orgías, flagrantes traiciones, atrocidades inauditas, hicieron comprender rápidamente a sus temblorosos vasallos que ninguna sumisión servil de su parte y ningún resto de conciencia por parte del amo proporcionarían en adelante garantía alguna contra las garras despiadadas de aquel pequeño Calígula. Durante la noche del cuarto día estalló un incendio en las caballerizas del castillo de Berlifitzing, y la opinión unánime agregó la acusación de incendiario a la ya horrorosa lista de los delitos y enormidades del barón.

Empero, durante el tumulto ocasionado por lo sucedido, el joven aristócrata hallábase aparentemente sumergido en la meditación en un vasto y desolado aposento del palacio solariego de Metzengerstein. Las ricas aunque desvaídas colgaduras que cubrían lúgubrementemente las paredes representaban imágenes sombrías y majestuosas de mil ilustres antepasados. Aquí, sacerdotes de manto de armiño y dignatarios pontificios, familiarmente sentados junto al autócrata y al soberano, oponían su veto a los deseos de un rey temporal, o contenían con el *fiat* de la supremacía papal el cetro rebelde del archienemigo. Allí, las atezadas y gigantescas figuras de los príncipes de Metzengerstein, montados en robus-

tos corceles de guerra, que pisoteaban al enemigo caído, hacían sobresaltar al más sereno contemplador con su expresión vigorosa; y otra vez aquí, las figuras voluptuosas, como de cisnes, de las damas de antaño, flotaban en el laberinto de una danza irreal, al compás de una imaginaria melodía.

Pero mientras el barón escuchaba o fingía escuchar el creciente tumulto en las caballerizas de Berlifitzing —y quizá meditaba algún nuevo acto, aún más audaz—, sus ojos se volvían distraídamente hacia la imagen de un enorme caballo, pintado con un color que no era natural, y que aparecía en las tapicerías como perteneciente a un sarraceno, antecesor de la familia de su rival. En el fondo de la escena, el caballo permanecía inmóvil y estatuario, mientras aún más lejos su derribado jinete parecía bajo el puñal de un Metzengerstein.

En los labios de Frederick se dibujó una diabólica sonrisa, al darse cuenta de lo que sus ojos habían estado contemplando inconscientemente. No pudo, sin embargo, apartarlos de allí. Antes bien, una ansiedad inexplicable pareció caer como un velo fúnebre sobre sus sentidos. Le resultaba difícil conciliar sus soñolientas e incoherentes sensaciones con la certidumbre de estar despierto. Cuanto más miraba, más absorbente se hacía aquel encantamiento y más imposible parecía que alguna vez pudiera alejar sus ojos de la fascinación de aquella tapicería. Pero como afuera el tumulto era cada vez más violento, logró, por fin, concentrar penosamente su atención en los rojizos resplandores que las incendiadas caballerizas proyectaban sobre las ventanas del aposento.

Con todo, su nueva actitud no duró mucho y sus ojos volvieron a posarse mecánicamente en el muro. Para su indescribible horror y asombro, la cabeza del gigantesco corcel parecía haber cambiado, entretanto, de posición. El cuello del animal, antes arqueado como si la compasión lo hiciera inclinarse sobre el postrado cuerpo de su amo, tendíase ahora en dirección al barón.

Los ojos, antes invisibles, mostraban una expresión enérgica y humana, brillando con un extraño resplandor rojizo como de fuego; y los abiertos belfos de aquel caballo, aparentemente enfurecido, dejaban a la vista sus sepulcrales y repugnantes dientes.

Estupefacto de terror, el joven aristócrata se encaminó, tambaleante, hacia la puerta. En el momento de abrirla, un destello de luz roja, inundando el aposento, proyectó claramente su sombra contra la temblorosa tapicería, y Frederick se estremeció al percibir que aquella sombra (mientras él permanecía titubeando en el umbral) asumía la exacta posición y llenaba completamente el contorno del triunfante matador del sarraceno Berlitfzing.

Para calmar la depresión de su espíritu, el barón corrió al aire libre. En la puerta principal del palacio encontró a tres escuderos. Con gran dificultad, y a riesgo de sus vidas, los hombres trataban de calmar los convulsivos saltos de un gigantesco caballo de color de fuego.

—¿De quién es este caballo? ¿Dónde lo encontrasteis? —demandó el joven, con voz tan sombría como colérica, al darse cuenta de que el misterioso corcel de la tapicería era la réplica exacta del furioso animal que estaba contemplando.

—Es vuestro, sire —repuso uno de los escuderos—, o, por lo menos, no sabemos que nadie lo reclame. Lo atrapamos cuando huía, echando humo y espumante de rabia, de las caballerizas incendiadas del conde de Berlitfzing. Suponiendo que era uno de los caballos extranjeros del conde, fuimos a devolverlo a sus hombres. Pero éstos negaron haber visto nunca al animal, lo cual es raro, pues bien se ve que escapó por muy poco de perecer en las llamas.

—Las letras W.V. B. están claramente marcadas en su frente —interrumpió otro escudero—. Como es natural, pensamos que eran las iniciales de Wilhelm Von Berlitfzing, pero en el castillo insisten en negar que el caballo les pertenezca.

—¡Extraño, muy extraño! —dijo el joven barón con aire pensativo, y sin cuidarse, al parecer, del sentido de sus palabras—. En efecto, es un caballo notable, un caballo prodigioso... aunque, como observáis justamente, tan peligroso como intratable... Pues bien, dejádmelo —agregó, luego de una pausa—. Quizás un jinete como Frederick de Metzengerstein sepa domar hasta el diablo de las caballerizas de Berlifitzing.

—Os engañáis, señor; este caballo, como creo haberos dicho, *no* proviene de las caballadas del conde. Si tal hubiera sido el caso, conocemos demasiado bien nuestro deber para traerlo a presencia de alguien de vuestra familia.

—¡Cierto! —observó secamente el barón.

En ese mismo instante, uno de los pajes de su antecámara vino corriendo desde el palacio, con el rostro empurpurado. Habló al oído de su amo para informarle de la repentina desaparición de una pequeña parte de las tapicerías en cierto aposento, y agregó numerosos detalles tan precisos como completos. Como hablaba en voz muy baja, la excitada curiosidad de los escuderos quedó insatisfecha.

Mientras duró el relato del paje, el joven Frederick pareció agitado por encontradas emociones. Pronto, sin embargo, recobró la compostura, y mientras se difundía en su rostro una expresión de resuelta malignidad, dio perentorias órdenes para que el aposento en cuestión fuera inmediatamente cerrado y se le entregara al punto la llave.

—¿Habéis oído la noticia de la lamentable muerte del viejo cazador Berlifitzing? —dijo uno de sus vasallos al barón, quien después de la partida del paje seguía mirando los botes y las arremetidas del enorme caballo que acababa de adoptar como suyo, y que redoblaba su furia mientras lo llevaban por la larga avenida que unía el palacio con las caballerizas de los Metzengerstein.

—¡No! —exclamó el barón, volviéndose bruscamente hacia el que había hablado—. ¿Muerto, dices?

—Por cierto que sí, sire, y pienso que para el noble que ostenta vuestro nombre no será una noticia desagradable.

Una rápida sonrisa pasó por el rostro del barón.

—¿Cómo murió?

—Entre las llamas, esforzándose por salvar una parte de sus caballos de caza favoritos.

—¡Re... al... mente! —exclamó el barón, pronunciando cada sílaba como si una apasionante idea se apoderara en ese momento de él.

—¡Realmente! —repitió el vasallo.

—¡Terrible! —dijo serenamente el joven, y se volvió en silencio al palacio.

Desde aquel día, una notable alteración se manifestó en la conducta exterior del disoluto barón Frederick de Metzengerstein. Su comportamiento decepcionó todas las expectativas, y se mostró en completo desacuerdo con las esperanzas de muchas damas, madres de hijas casaderas; al mismo tiempo, sus hábitos y manera de ser siguieron diferenciándose más que nunca de los de la aristocracia circundante. Jamás se le veía fuera de los límites de sus dominios, y en aquellas vastas extensiones parecía andar sin un solo amigo —a menos que aquel extraño, impetuoso corcel de ígneo color, que montaba continuamente, tuviera algún misterioso derecho a ser considerado como su amigo.

Durante largo tiempo, empero, llegaron a palacio las invitaciones de los nobles vinculados con su casa. «¿Honrará el barón nuestras fiestas con su presencia?» «¿Vendrá el barón a cazar con nosotros el jabalí?» Las altaneras y lacónicas respuestas eran siempre: «Metzengerstein no irá a la caza», o «Metzengerstein no concurrirá».

Aquellos repetidos insultos no podían ser tolerados por una aristocracia igualmente altiva. Las invitaciones se hicieron menos cordiales y frecuentes, hasta que cesaron por completo. Incluso se oyó a la viuda del infortunado conde Berlifitzing expresar la

esperanza de que «el barón tuviera que quedarse en su casa cuando no deseara estar en ella, ya que desdeñaba la sociedad de sus pares, y que cabalgara cuando no quisiera cabalgar, puesto que prefería la compañía de un caballo». Aquellas palabras eran sólo el estallido de un rencor hereditario, y servían apenas para probar el poco sentido que tienen nuestras frases cuando queremos que sean especialmente enérgicas.

Los más caritativos, sin embargo, atribuían aquel cambio en la conducta del joven noble a la natural tristeza de un hijo por la prematura pérdida de sus padres; ni que decir que echaban al olvido su odiosa y desatada conducta en el breve período inmediato a aquellas muertes. No faltaban quienes presumían en el barón un concepto excesivamente altanero de la dignidad. Otros —entre los cuales cabe mencionar al médico de la familia— no vacilaban en hablar de una melancolía morbosa y mala salud hereditaria; mientras la multitud hacía correr oscuros rumores de naturaleza aún más equívoca.

Por cierto que el obstinado afecto del joven hacia aquel caballo de reciente adquisición —afecto que parecía acendrase a cada nueva prueba que daba el animal de sus feroces y demoníacas tendencias— terminó por parecer tan odioso como anormal a ojos de todos los hombres de buen sentido. Bajo el resplandor del mediodía, en la oscuridad nocturna, enfermo o sano, con buen tiempo o en plena tempestad, el joven Metzengerstein parecía clavado en la montura del colosal caballo, cuya intratable fiereza se acordaba tan bien con su propia manera de ser.

Agregábanse además ciertas circunstancias que, unidas a los últimos sucesos, conferían un carácter extraterreno y portentoso a la manía del jinete y a las posibilidades del caballo. Habíase medido cuidadosamente la longitud de alguno de sus saltos, que excedían de manera asombrosa las más descabelladas conjeturas. El barón no había dado ningún *nombre* a su caballo, a pesar de